



Organización
de las Naciones Unidas
para la Educación,
la Ciencia y la Cultura

INVESTIGACIÓN Y PROSPECTIVA EN EDUCACIÓN

DOCUMENTOS DE TRABAJO

08

Sept de 2013

REFLEXIONES SOBRE EL PROGRESO, EL DESARROLLO SOSTENIBLE Y LA CIUDADANÍA MUNDIAL

Georges Haddad

Director
Investigación y Prospectiva en Educación
UNESCO

Desde su aparición en la Tierra, el ser humano, al igual que sus primos más lejanos, debió hacer frente para sobrevivir a todo tipo de peligros que la naturaleza puso en su camino. Esta adversidad incesante contribuyó sin duda a fortalecer y desarrollar sus facultades intelectuales. Enfrentado a ingentes desafíos para sobrevivir y afirmarse, el ser humano supo encontrar progresivamente respuestas pertinentes y las transmitió a las generaciones futuras para que las aprovecharan y mejoraran.

Resulta evidente que la educación, es decir, la transmisión de conocimientos y su perfeccionamiento, constituye un factor esencial de la supervivencia y del desarrollo de la especie humana en el planeta.

La noción de desarrollo, vinculada a la de progreso, se presenta naturalmente como el eje central de la epopeya de la humanidad en la época moderna. Sin embargo, antes de seguir adelante, hay que tener presentes los siguientes elementos:

- 40.000 generaciones¹, aproximadamente, se han sucedido desde que el hombre comenzó a utilizar el fuego;
- 104, desde la aparición del monoteísmo (hebreo);

1 En este estudio, consideramos una media de unos 25 años por generación.

- 100, desde el nacimiento de la democracia ateniense;
- 80, desde los comienzos del cristianismo;
- 56, desde los comienzos del islam;
- 12, desde el Siglo de las Luces;
- 8, desde el principio de la era industrial; y
- 5 generaciones, aproximadamente, fueron necesarias para la institucionalización progresiva del derecho de la mujer a votar y a ser elegida.

Hubo que esperar 80 000 generaciones para que la población humana pasara de unos millares de personas a 250 millones; 72 generaciones más para llegar a los 1 000 millones al principio del siglo XIX; después, otras seis generaciones para llegar a 2 500 millones de seres humanos; y, por último, dos generaciones más para alcanzar los 6 000 millones. Si bien el ritmo parece disminuir, se prevé que seremos 2 000 millones más dentro de dos generaciones.

De esa forma, el desarrollo, vinculado a nuestra visión del progreso, a saber, el constante afán de poner la investigación y la innovación al servicio de la sociedad, ha sido el producto de 10 generaciones, tras la preparación realizada previamente por las 10 anteriores.

Se trata pues de un período muy reducido en comparación con los milenios que nos separan del descubrimiento por el hombre del uso del fuego, es decir, de uno de los primeros indicios de la voluntad de emanciparse de su estado natural, junto con el comienzo del cultivo de la tierra. En otras palabras, la era del desarrollo en el sentido moderno del término, cuyo comienzo se fija en el siglo XVI, apenas representa un minuto de una jornada de 24 horas. Esta importante aceleración ha llevado al ser humano, que ha pasado gradualmente del estadio de adivino al de demiurgo, a crear nuevos peligros de los que es el único responsable. Esta transición corresponde a una singularidad fundamental de la evolución humana que calificaremos de “revolución del orgullo”, en virtud de la cual se transforma radicalmente la relación del ser humano con la naturaleza y, sobre todo, la percepción de su misión en la Tierra.

No ahondaremos en los peligros inherentes a su búsqueda constante de poder y de dominación sobre sus semejantes, fuente de conflictos recurrentes y cruentos hasta llegar a las atrocidades que marcaron el siglo XX y que tan difícil nos resulta comprender, analizar y enseñar, dada la extrema cercanía entre lo abyecto y lo sublime.

Pero de lo que no cabe duda hoy día es de que el desarrollo de los dos últimos siglos ha modificado considerablemente, y sobre todo perturbado, los equilibrios de la naturaleza y del medio ambiente.

No nos explayaremos sobre esta cuestión de gran actualidad que nos permite entender, sin duda muy tarde, la necesidad de volver a pensar en el lugar y la misión que nos incumbe en el planeta Tierra.

Según Luc Ferry, filósofo y ex Ministro de Educación de Francia, el concepto de desarrollo sostenible ha llegado poco a poco a referirse al equilibrio que es preciso mantener entre tres esferas: la ambiental (o ecológica), la social y la económica.

En términos matemáticos, este equilibrio es el “atractor” de un proceso dinámico complejo, estrechamente ligado a la idea de progreso en un contexto a la vez científico y cultural.

No sería realista tratar de hallar, en un lapso tan breve, una definición objetiva y completa de un proceso que encierra la esencia del desarrollo sostenible. Me limitaré por tanto a afirmar que, para lograr un desarrollo sostenible (como ha sido traducido *sustainable* en algunos idiomas no anglosajones), la dinámica generada por el progreso debe contribuir al mismo tiempo al enriquecimiento individual y colectivo, a la preservación del medio ambiente y de la calidad de vida, a la promoción de la solidaridad y al reparto equitativo de las riquezas, como base de la ciudadanía mundial.

Sin embargo, para mayor precisión, los principios del desarrollo sostenible podrían formularse en forma de exigencias o propuestas, a saber:

- Tratar de explicar y resolver los problemas ecológicos y los problemas de desarrollo que se plantean a escala mundial.
- Procurar distinguir los problemas reales y fundamentales de los que generan las tendencias, las informaciones erróneas o la ignorancia.
- Basarse en la ciencia y la técnica para responder con medidas concretas a los peligros actuales o previstos a corto plazo.
- Buscar nuevas modalidades de organizar la investigación que faciliten la financiación y la aplicación de las técnicas necesarias.
- Hacer hincapié en una producción de calidad que no responda solamente a las exigencias de las empresas, sino también a las de las comunidades y las familias.
- Movilizar en su conjunto a las universidades, las instituciones de investigación y las empresas públicas y privadas para que cooperen al servicio del desarrollo sostenible.
- Tratar de alcanzar gradualmente el desarrollo sostenible mediante el fortalecimiento de las capacidades con la vista puesta en el futuro.
- Promover una civilización basada en la calidad, que no desatienda las necesidades del desarrollo material pero que reconozca al mismo tiempo la importancia creciente de los factores inmateriales.
- Promover nuevas modalidades de desarrollo que permitan a los países en desarrollo pasar de los siglos XIX o XX al siglo XXI.
- Alentar una renovación filosófica y cultural, inspirada en filósofos como Bergson, que podría dar a la humanidad “un suplemento del alma”, conforme a máximas filosóficas como “la ciencia sin conciencia no es sino la ruina del alma”, “la

conciencia sin la ciencia sume a la humanidad en la pobreza” y “la inconsciencia sin la ciencia significa la vuelta al salvajismo de los tiempos primitivos”.

Corresponde a las instituciones de educación superior participar en las iniciativas que acabamos de indicar. Estas instituciones pueden contribuir así a humanizar la mundialización y ocupan un lugar privilegiado para influir en la orientación que escojan las sociedades.

Para intentar alcanzar estos nobles objetivos de los que dependen nuestro presente y nuestro futuro en este pequeño planeta Tierra, la educación es indudablemente un factor esencial del proceso dinámico vinculado al desarrollo sostenible.

En este contexto, la UNESCO cumple un papel primordial en distintas actividades potenciadas por el programa de “Educación para Todos”, cuyos seis objetivos, definidos con ocasión del Foro Mundial de Dakar en 2000, se ajustan plenamente a los del desarrollo sostenible y a los Objetivos de Desarrollo del Milenio.

Para precisar brevemente esta afirmación deberíamos recordar que los conocimientos nuevos, a menudo abstractos, que suelen originarse en los laboratorios y los centros de investigación universitarios, conducen a corto o largo plazo a progresos decisivos en todos los ámbitos de las aplicaciones socioeconómicas y culturales. Sin duda la enseñanza transmite estos progresos a las poblaciones correspondientes, sobre las cuales pueden ejercer una influencia. El proceso de transformación de estos conocimientos en enseñanzas transmisibles de una manera general o técnica constituye una etapa decisiva para alcanzar todos los tipos de objetivos en materia de desarrollo.

Además, esa enseñanza, una vez organizada, debe impartirse equitativamente en las comunidades. Al evaluar la calidad y la pertinencia de la enseñanza y la formación que se ofrecen a los jóvenes y los adultos es preciso tener en cuenta factores relacionados con el respeto y la protección del medio ambiente y con las competencias esenciales que contribuyen al desarrollo económico y cultural.

Del mismo modo, esos conocimientos deben llegar a todas las poblaciones y todos los países a fin de que contribuyan a su construcción y refuercen su autonomía. Las tecnologías de la información y la comunicación, en constante desarrollo, ofrecen recursos y posibilidades fundamentales para instaurar la eficacia y la equidad en la distribución y la solidaridad.

El analfabetismo es un obstáculo importante al desarrollo sostenible. La UNESCO, en asociación con otras organizaciones internacionales y con la ayuda de diversas ONG, combate ese

flagelo con programas ambiciosos de formación de docentes y mediante la creación de redes de cooperación internacional, entre las que se destacan particularmente la red de Cátedras UNESCO y el programa UNITWIN.

Lo que denominamos “solidaridad intergeneracional” es otro factor decisivo para el desarrollo sostenible y la creación de una ciudadanía mundial. La población mundial crece constantemente y, gracias a los progresos de la medicina y la higiene, vivimos más tiempo. Es esencial que las sociedades denominadas “modernas” aprendan a poner el progreso al servicio de los más vulnerables, es decir, los niños, pero también las personas de edad que nos dieron la vida. Claramente, esta obligación incumbe también a los países llamados “desarrollados”. La tragedia provocada en Europa Occidental por la ola de calor del verano de 2003 constituye un cruel recordatorio.

A ese respecto, es preciso reforzar la dimensión cívica de la educación para instaurar un nuevo humanismo inspirado en el progreso, que nos permitirá rescatar los valores tradicionales esenciales vinculados a la familia, la amistad y la solidaridad.

En el contexto de la mundialización – con un aumento constante del número de familias de origen inmigrante, principalmente en los países ricos –, la educación debe cumplir plenamente su papel para la integración y el ascenso social de los jóvenes, así como de sus progenitores. Quizás de esa forma se eviten las crisis familiares generadas por la ruptura generacional, que con frecuencia es el resultado de una educación centrada exclusivamente en lo moderno y lo práctico, en detrimento de los vínculos familiares y de la diversidad cultural, acervo que debe preservarse.

Así pues, el desarrollo sostenible y una ciudadanía mundial dependen indudablemente de nuestra capacidad de inculcar los valores de una ciudadanía responsable, de enseñar los conocimientos modernos preservando al mismo tiempo nuestro patrimonio común y nuestros valores tradicionales, que se conservan especialmente bien en el marco familiar, tan frágil y amenazado.

En conclusión, los argumentos desarrollados en esta breve ponencia ponen de manifiesto que el desarrollo sostenible, el progreso y la ciudadanía mundial sólidamente arraigados en la Sociedad del Conocimiento contribuyen indudablemente a construir este Nuevo Humanismo promovido por la Directora General de la UNESCO, y que todos coincidimos en considerar esencial para la riqueza y la prosperidad de la Humanidad, en un entorno común grato, pacífico y cordial.

Cítese el presente artículo como sigue:

Haddad, G. (2013). *Reflexiones sobre el progreso, el desarrollo sostenible y la ciudadanía mundial*. Investigación y Prospectiva en Educación UNESCO, París. [Documentos de Trabajo ERF, No. 8].